Carta de Galicia

Vicente Araguas

Querido Benjamín Prado: como hombre interesado en la poesía, hasta el extremo de practicarla, lo que no es mal capricho en tiempos tan poco dados a la lírica que parece mentira que haya quien sople otro pito que no sea el prosaico (y aun así), como persona, en fin, parcial del negocio (más bien poco) poético tengo la impresión de que podría no disgustarte el saber de qué va, qué cosa es en este momento el verso gallego, de siempre tan afinado como vividor de vida propia, lejano a otros aires que no sean los propios. Poesía vividora, sí, y aun vivificante, hecha de materiales diversos –nunca de derribo, diría yo– la que nos nutre y que en los últimos días de noviembre dio en desbordarse en Lugo, al amparo de Radio Nacional, como río agitado y río manso, cerca del Padre Miño que dirían los ascetas y los folclóricos (y algún que otro parrandero, como aquellos esmorguistas que Blanco Amor ubicara al paso del mismo accidente fluvial, pero en Ourense, ese cauce). Y el caso es que la presencia en Lugo de Radio Nacional, dirigida por Ignacio Elguero, coordinada por Beatriz Domínguez, hizo constatar lo consabido; que en la poesía gallega actual se mueven diferentes generaciones en diálogo fructífero y glamouroso, beligerante y erótico, tierno pero también teñido de una violencia dulce, que no hace sino preludiar cosas espléndidas. Y es que a la poesía, a la gallega, a todas, le sienta muy bien la intertextualidad, el ir y venir de unos lugares (comunes) a otros (propios), disfrutando y haciendo disfrutar a los lectores de platos combinados. Lo que no quita, y vamos entrando en materia, la necesaria presencia de mascarones de proa, como aquellos que Pablo Neruda fue reuniendo en Isla Negra, bellos en la manera, estrictos en el concepto. Entonces surge la presencia, fundamen-

tal y fundacional, de Luz Pozo Garza, no, no es inventado este «ensemble» onomástico, que estaba en Lugo desde la altura de sus años hermosísimos, de su poesía generosa. Y a partir de Luz, pegando un salto vertiginoso, la poesía gallega plantaba en el adarve de la muralla luguesa los nombres, bien jóvenes, de Yolanda Castaño y María do Cebreiro. Dos mujeres con «swing», autoras de una poesía radical y libre, representativas de un grupo bien nutrido de mujeres que están revolucionando, con ademanes revolucionados, nuestro panorama poético último. Ambas se mueven por dentro y fuera de Galicia con una bandera decidida y clara, representativa de maneras auspiciadas también por Chus Pato, por edad bastante por encima de ellas, mas en el enfoque radical de su concepto tan próxima de Yolanda y María que pareciese incardinada en su generación. Que esto es un poco el ir y venir de una canción novedosa que en la anáfora fuese alfa y omega, proa y popa de una «nao senlleira». Y cito aquí a Fermín Bouza-Brey, tomando uno de sus títulos más significativos, porque nada sale de la nada y la poesía gallega de hoy tiene antecedentes, éticos y estéticos, del poderío de Don Fermín. Luego de Luz Pozo Garza (no estaba en Lugo la gran Xohana Torres, también en activo, quien en 1957 saltara todas las barreras con el memorable *Do sulco*) bebían los aires lucenses Arcadio López Casanova, poeta en gallego y en español, dueño de ese título esencial que se dice, pronunciado con acento coral, *Mesteres* y Salvador García-Bodaño, quien supo combinar la tendencia y el erotismo cuando éste, primeros sesenta, era pecado nefando para los neoinquisidores. Como cabía esperar Salvador ahí sigue, sembrando influencias, con su poesía de entonces y la de ahora. Y yo me regocijaba compartiendo mesa poética con este señor, heredero de una estela galleguista, que supo darle elegancia al compromiso y erótica al concepto radical. No estaba en Lugo, sin embargo Xosé Luís Méndez Ferrín, combinador de la pólvora y la magnolia, como Rafael Alberti hiciera con el clavel y la espada, y al no estar él faltaba la palabra que pocos le discuten si no es con el tono bajo de la controversia discreta. No estaba Ferrín, digo, pero si seguidores suyos cercanos, como Darío Xohán Cabana –de la llamada «Xeración dos 80»– cuando Darío había dado señales de vida incluso antes de la extinción de la dictadura. Puestos a enca-

sillar Cabana, excelente novelista por otra parte (*Galván en Saor,* hay traducción española en Huerga y Fierro, es libro rotundo y recomendable), sería más bien del «Grupo poético do 68», dentro del cual, querido Benjamín, cabría introducir a Manuel Vilanova, Fermín Bouza, Xosé María Álvarez Cáccamo, Vítor Vaqueiro, o a quien firma este artículo, quienes llegaron a la universidad o estaban todavía en ésta iniciándose en los caminos de ver su poesía impresa, alrededor de aquel año mágico. En el que Bob Dylan, ese brujo de Duluth, que nos es tan caro, Benjamín Prado, a ti y a mí, estaba mirándose en un espejo sin trucar, un espejo que le decía que en música todo es válido, incluso el romper de un solo golpe los espejos. Y yo creo que aquella gente del 68, prejuicios políticos aparte (aquellos años fueron esencialmente aburridos desde la óptica de la obediencia debida, y para esos estaban –estábamos– los poetas, para quebrarla), tenía las bonísimas intenciones de tirar la casa por la ventana, de adornar el llanto o planto social con rimmel importado, de enjoyar unas paredes que eran de gris pesado o de blanco purísima, no sé. Luego vendría la «Xeración do 75» (Xavier Seoane, Claudio Rodríguez Fer, Manuel Rivas, Ramiro Fonte, Fernán Vello), o sea, la que comienza a hacer vibrar su poesía en torno a la muerte de «Cerillita», tan galaico, tan de Ferrol, que uno no deja de pensar en los desatinos que el famoso epigrama aplicaba a los gallegos y a los chinos. Y desatinados son, permíteme la confidencia, caro Benjamín Prado, esos paisano nuestros (algunos se autoproclaman «Tan gallegos como el gallego», manda nabo, que es nuestra equivalencia al exabrupto del exministro Trillo Figueroa) a los que les importa un carallo un idioma que fue privilegio de reyes, cuando éstos, así aquel Alfonso X, llamado «El Sabio» escribían poesía. Hoy no sé qué cosa puedan escribir las manos regias pero nuestra república poética, la gallega, sobrevive como se vio estos días finales de noviembre, en Lugo, al pie de su adarve mágico, y Claudio Rodríguez Fer sembraba eróticas luguesas, y Xavier Seoane patrullaba con sus fulares, morados y azules, exaltando a la vida y quien la fundó, y Ramiro Fonte venía de Lisboa, sabio en literatura portuguesa, memorialista de todos sus eumes, y Fernán Vello seguía siendo editor y poeta de las claridades diáfanas y Manuel Rivas era, y sigue siendo, escritor hacia fuera con la misma solvencia con

que dinamita interiores. Y la poesía en gallego era la fiesta rachada que Radio Nacional auspiciaba. Y César Antonio Molina dio por clausurados los fastos con dos poemas suyos en gallego, como plantar dos fuegos de Millarengo, el mejor pirotécnico del mundo, en el cielo de Lugo, de azul cobalto esos días. ©